**La familia animal**

Probablemente el lector todavía recuerda la imagen televisiva de esa perrita porteña que en el último incendio se refugió bajo un *conteiner* y luego salió a buscar a sus 9 cachorros que estaban en un hoyo que ella misma había cavado; allí estaban sanos y salvos, todavía no abrían los ojos pero apenas los saco de la cueva se lanzaron a la leche de su escuálida mamá. Son dos instintos: el maternal y el hambre. Los instintos son pautas heredadas de comportamiento que están en todas las especies animales, incluida la humana. Conductas innatas no aprendidas, desarrolladas en función de sobrevivencia y adaptación. Ese mismo instinto de la perra mezcla de cariño, inteligencia y razón deben haber tenido las lobas y perras que criaron a los más de 130 casos documentados de niños ferales, de niños abandonados por padres alcohólicos, desaparecidos o muertos en la guerra, bebes que crecieron en guaridas, que fueron encontrados y amamantados por lobas o perras, que los trataron con el mismo cuidado con que la quiltro de Valparaíso trato a sus hijos. En India, en 1920 un predicador encontró en las afueras de Midnapore, en la madriguera de un bosque, a dos niñas –Amala y Kamala- algo escuálidas, a quienes la madre loba amparaba como si fueran sus retoños, los nativos que le acompañaban desnucaron a la loba y apresaron a las dos pequeñas. En los primeros meses eran agresivas, arañaban, mordían y atacaban a quienes se les acercaba. Defendían así a su *mamá* brutalmente muerta. Los ojos les brillaban en la noche y veían perfectamente bien en la oscuridad, su sentido del olfato estaba especialmente desarrollado. Ambas fueron llevadas a un orfanato –de ahí sus nombres- cuando después de un año Amala enfermo y murió de disentería, Kamala se refugió por semanas en una esquina aullando todas las noches. Oxana Malaya, una niña ucraniana, abandonada por sus padres alcohólicos, fue encontrada en 1991 en compañía de perros salvajes, de los cuales adopto conductas y modales. Gruñía o se encuclillaba y dormía acurrucada, comía sobras y carne cruda y olisqueaba la comida antes de ingerirla, tenía también como Amala y Kamala aguzados el oído, el olfato y la vista. Fue encontrada cuando tenía 7 años y recluida en una clínica para discapacitados de Odessa, en la que seguía gesticulando, movilizándose, tomando agua de la llave y enojándose y ladrando como si fuera un perro. El lector incrédulo –que probablemente tiene en la memoria los cuentos del Chupacabras- puede verla en Internet googleando a Oxana Malaya. La escritora australiana Eva Hornung luego de enterarse por las noticias que en las afueras de Moscú había sido rescatado un niño-perro que deambulaba con una manada, viajo a Rusia y se documentó para escribir su novela-testimonio *El niño perro*, (2010) a la que nos referimos extensamente en nuestro libro *El mundo de los perros y la literatura* (2011). Y así los casos suman y siguen…

El tema de los niños ferales pone sobre la mesa la fluidez entre la condición animal y la condición humana, interesa vivamente a la comunidad reflexiva y científica puesto que diluye la diferencia metafísica entre lo humano y lo animal. Giorgio Agamben cita el caso de una niña lobo en cuyo modo de actuar la *razón* y la *sensibilidad animal* se prolongan una en otra a través de transiciones imperceptibles[[1]](#footnote-1). Las preguntas son innumerables ¿Puede acaso hablarse de una naturaleza exclusivamente humana, al modo de una esencia? ¿Qué influye más en la construcción de un sujeto: la herencia, los genes o un determinado medio social y cultural? ¿Puede hablarse de un siquismo humano y de un siquismo animal como radicalmente diferentes? Después de los niños ferales ¿no habría acaso que revisar la idea de una distancia insuperable entre la condición humana y la condición animal? ¿Hasta qué punto son una y otra maleables y fluidas? ¿No tiene acaso razón Jane Goodall, la antropóloga inglesa que ha vivido por décadas entre gorilas y chimpancés, cuando afirma que los humanos no somos los únicos animales capaces de resolver problemas, ni los únicos en experimentar alegría, tristeza y desesperación, ni los únicos en conocer el sufrimiento, lo que debiera reducir nuestra arrogancia y eliminar nuestra creencia de que los humanos tenemos un derecho inalienable sobre otras formas de vida para nuestro propio beneficio? Vuelva el lector a la imagen de la perrita porteña y de las perras y lobas que amamantaron a criaturas abandonadas y estará probablemente de acuerdo en que la familia animal sea como sea es también una familia con todo lo que ello implica.

1. Giorgio Agamben *Lo abierto. El hombre y el animal*, Bs. Aires, 2006. [↑](#footnote-ref-1)